



Esperanza recuperada

En el corazón de Suva, la capital de Fiyi, la Clínica de la Esperanza es un símbolo de transformación. Fundada con la ayuda de una ofrenda de decimotercer sábado, la clínica ofrece más que servicios médicos. Para muchas personas, es un lugar donde cuerpos enfermos y corazones agotados encuentran restauración. Una de esas personas que encontraron restauración en la Clínica de la Esperanza es Mereseini, una mujer de cincuenta y tres años.

Durante años, Mereseini sufrió hipertensión. Consultó con varios médicos, tomaba sus medicamentos fielmente y seguía las indicaciones que le habían dado los facultativos, pero no mejoró. Estaba siempre agotada y sin fuerzas. “Me sentía como estancada”, recuerda. “Nada me ayudaba a estar mejor”.

Un día, impulsada por la curiosidad y la esperanza de mejorar, Mereseini entró por las puertas de la Clínica de la Esperanza. “No sabía qué esperar”, comenta. “Solo quería sentirme mejor”.

Una vez en la clínica, conoció al personal, que no se limitaba a tratar síntomas, sino que además escuchaban, daban palabras de ánimo y educaban para la salud. Entre los empleados de la clínica estaba el Dr. Akuila, cuya serena confianza le infundió valor. Le explicó cómo unos sencillos cambios en su estilo de vida podrían ayudar a su cuerpo a sanar.

—Nada de sal, nada de carne, nada de comida procesada —le dijo—. Come lo que crece de la tierra. Tu cuerpo puede recuperarse, pero necesita tu ayuda.

Mereseini asintió, asimilando cada palabra. Parecía duro llevarlo a la práctica, pero algo

en su interior hizo clic. Se sintió vista y tuvo esperanza. Volvió a su casa decidida a intentarlo y, nada más llegar, vació la despensa. Primero se deshizo de la sal; luego, fuera la carne, el arroz blanco, la mandioca y el taro. En su lugar, llenó la despensa de verduras de hoja verde, batatas y plátanos. Y entonces llegó el verdadero reto. El Dr. Akuila le había sugerido hacer un ayuno de diez días solo bebiendo agua con limón.* Muchas personas dudarían si llevarlo a cabo o no, pero Mereseini se miró al espejo y se dijo en voz alta: “Voy a hacerlo. No por nadie más, sino por mí”. Comenzó el ayuno sin decirle nada a nadie, sin fanfarrias ni quejas. A la hora de comer, simplemente se escabullía a su habitación mientras sus hijos se sentaban a la mesa. “Preparaba la comida como de costumbre, pero oraba cuando llegaba la hora de comer para que Dios me ayudara”.

Pasaron los días y sus hijos se dieron cuenta de lo que estaba haciendo su madre.

—Mamá, estás perdiendo demasiado peso —le dijo uno de ellos con preocupación en la voz—. Tienes que comer.

—Lo haré —le respondió ella suavemente—, pero todavía no. Pronto.

Mereseini se sentía más fuerte de lo que se había sentido en meses, así que siguió adelante con el ayuno hasta completar los diez días. “No tenía hambre”, recuerda. “No me sentía débil. Limpiaba la casa, daba paseos y oraba. Sentía como si Dios me llevara en sus brazos. Anteriormente yo había hecho ayunos de un día y solía contar las horas hasta que podía volver a comer”, dice, riéndose, “pero esta vez fue diferente. Esta vez, tenía un propósito”.

Cápsula informativa

- Las caminatas de pies descalzos sobre brasas encendidas son una actividad popular en Fiya. Fueron introducidas hace unos quinientos años por la tribu sawau. Los turistas que visitan el país pueden presenciarlas en los hoteles.
- El canibalismo formaba parte de la cultura fiyiana hasta que el cristianismo llegó a las islas. Las últimas víctimas conocidas de canibalismo en Fiya fueron Thomas Baker, pastor metodista, y sus siete seguidores fiyianos, en el año 1867. Se dice que Thomas Baker fue asesinado por haber tocado la cabeza de un jefe tribal, lo que es una falta de respeto en la cultura fiyiana.

El último día de ayuno, Mereseini regresó a la Clínica de la Esperanza. Los enfermeros la miraron, sorprendidos. Ella sonrió y esperó que le informaran de los resultados. El peso, el pulso y la presión arterial tenían valores normales.

—No he tomado la medicación ni una sola vez durante el ayuno —les dijo—, y no la he necesitado desde entonces.

Mereseini ya no necesita tomar su medicación. Su dieta es ahora una decisión consciente: nada de sal, nada de carne ni de alimentos procesados. Come verduras, hortalizas y fruta mayormente. El cambio se ha notado en todos los aspectos de su vida. “Regresé a la iglesia”, dice. “Recojo a

mis nietos de la escuela, camino sin sentirme cansada... ¡Vuelvo a vivir!” Habla con serena confianza, no solo de su propia sanación, sino también de las lecciones que ha aprendido. “Tenemos que elegir sabiamente lo que comemos. Dios nos dio la comida para que estemos sanos, no para que nos hagamos daño a nosotros mismos. Yo no soy quién para decirle a nadie lo que tiene que hacer, pero mi experiencia es muy clara. He visto lo que ocurre cuando confiamos en Dios y cuidamos nuestro cuerpo”.

La Clínica de la Esperanza dio a Mereseini algo más que información: le dio un nuevo estilo de vida. Y ese es un camino que recorre felizmente cada día. Su historia nos recuerda que la verdadera sanación suele empezar cuando estamos dispuestos a escuchar, creer y cambiar.

“La esperanza es algo muy real”, dice. “Y yo la encontré cuando atravesé esa puerta”.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del segundo trimestre de 2016 ayudó a construir la Clínica de la Esperanza en Fiya, donde fue atendida Mereseini. Gracias por sus generosas ofrendas de este trimestre, que ayudarán a proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

Pueden ver fotografías en Facebook: bit.ly/fb-mq.

* Nota del editor. El ayuno prolongado no debe intentarse sin consultar previamente a un médico.